

ARENA

SUPLEMENTO CULTURAL DE EXCELSIOR

DOMINGO 15 DE AGOSTO DE 1999

NÚMERO 28

El posmodernismo, contradictorio y diverso

SAMUEL ARRIARAN

Cierto es que el posmodernismo se ha vuelto en México un problema muy enmarañado. El enmarañamiento se debe no sólo a su reducción a una cuestión de estilo artístico, sino también a la forma de su recepción y aceptación acrítica. Como toda moda filosófica, se le admira y se venera, pero no se le critica. Lo que ha habido, entonces, es una forma de consumo ideológico pasivo que justifica una defensa en bloque, como si todo en él fuera positivo. No se ve su aspecto ideológico conservador, debido a que en México (como en la mayoría de las universidades y ambientes intelectuales de América Latina) predomina el culto a las modas filosóficas.

Aunque el posmodernismo es un fenómeno contradictorio y diverso, no se puede negar que se destaca una concepción que podríamos caracterizar como "conservadora" y que fue abierta por J. F. Lyotard cuando planteó una crítica de la razón y del sujeto.

Según este planteamiento, la posmodernidad significa fin de los "grandes relatos" de la emancipación o de la totalidad. Significa también la imposibilidad de fundamentación teó-

rica y un tajante rechazo a la fe en el progreso. En esta línea que caracteriza a la mayoría de los filósofos posmodernos, se ataca principalmente la posibilidad de verdad científica. El posmodernismo se torna, así, en la "ideología de la poshistoria". Esto significa que estamos ante un proceso de pérdida de sentido que ha llevado a la destrucción de todas las historias, referencias y finalidades. El nuevo periodo histórico (visto desde esta perspectiva) es una realidad ya cumplida, y la muerte de la modernidad habría hecho su aparición. La característica principal de este enfoque es que, quienes lo defienden, se declaran abiertamente en contra de la Ilustración. De ahí que sean autores que, desde posiciones escépticas y nihilistas, finalmente optan por conservar el capitalismo. Dentro de esta corriente neoconservadora se puede incluir a diversos autores, como Daniel Bell, Jean Baudrillard, Richard Rorty y Gianni Vattimo. En general, estos autores plantean una visión desencantada de la modernidad. Se trata de conceptos que se reducen a posiciones apocalípticas, pesimistas (quejas y añoranzas sobre aquello que habríamos perdido con la modernidad) o puramente conformistas (elogios absolutos al capitalismo y a la democracia liberal). Quizá si fuéramos

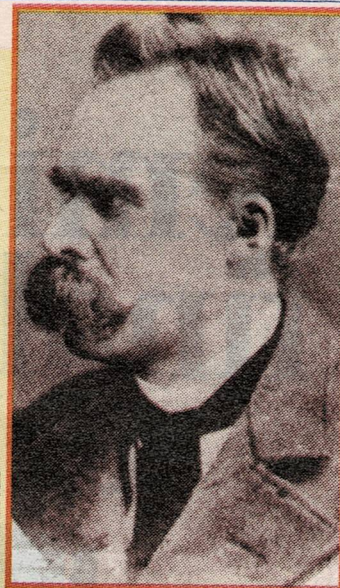
todos europeos o estadounidenses no importaría preocuparnos tanto. Pero esta pertenencia no es posible ni deseable, a menos que estemos convencidos (como estos autores) de que el capitalismo no tiene nada que ver con nuestros problemas diarios.

Lo que esencialmente nos plantea el posmodernismo es la idea de que, a partir de lo local, es como se determinan las sociedades, es decir, todo lo que apela a un saber local y no ya a una verdad universal. Este planteamiento no tiene aparentemente nada de reprochable. Sin embargo, lo criticable es el intento de generalización ilegítima. La formulación del saber local implica una extensión al resto del mundo del modelo de democracia liberal estadounidense. Aquí tenemos una clara posición relativista que podemos definir como "posmodernismo conservador". Aceptar la tesis de que toda verdad depende fundamentalmente de un contexto social particular, significa necesariamente postular una defensa incondicional del neoliberalismo. Pero tan falso es este relativismo absoluto como el postular un universalismo abstracto (que caracteriza a su vez a los filósofos ilustrados antiposmodernistas, como Habermas o Apel).

En el caso de Gianni Vattimo, aunque sus contribuciones teóricas son de enorme interés, resultan también relativistas. El problema consiste en que su idea de la tradición es imposible de aceptar, pues se fundamenta en el nacionalismo filosófico de Heidegger. Esto significa que postula el ser desde la experiencia europea. No hay espacio para pensar el diálogo cultural con otras tradiciones. Todo se plantea al interior de la tradición occidental. Tampoco hay en Vattimo la posibilidad de cambio social. El conservadurismo se expresa aquí como un fuerte

rechazo a todo intento de transformación social. Según él, ninguna teoría o movimiento social puede constituir una salida frente a la sociedad contemporánea dominada por el valor de cambio.

Ni las revoluciones indígenas representan ya una salida posible, pues ellas también permanecen atrapadas en la lógica implacable de la mercantilización generalizada. Lo único que nos queda -según Vattimo- es la resignación política o el nihilismo (no es casual que en sus libros defina la posmodernidad como una situación donde la única salida posible es el nihilismo). La posición de Vattimo frente a la posmodernidad, además de estar fundamentada en Heidegger, también lo está en Nietzsche. Tal fundamentación obliga a pensar que existe una continuidad con las ideas no sólo del pensamiento posestructuralista francés (como Lyotard, Deleuze, Derrida y Baudrillard), sino también con las tesis de la Escuela de Frankfurt (especialmente con Adorno). Aquí nos encontramos igualmente con la idea de la función opresora de la racionalidad moderna. Al insistir tanto en la filosofía de Nietzsche, los filósofos franceses posestructuralistas nos plantean semejanzas con las ideas de aquellos autores irracionalistas, como Bataille, quienes anterior-

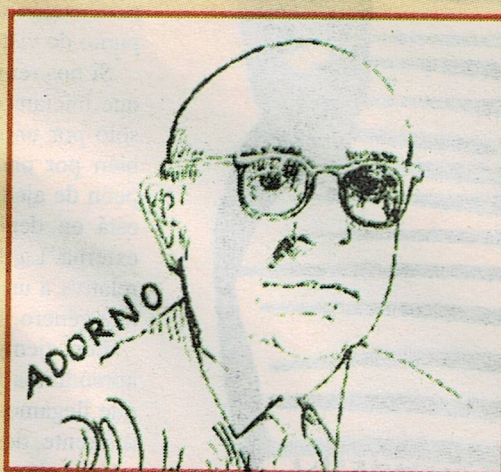


Nietzsche

mente se caracterizaban por intentar salir de la metafísica, basándose en la idea nietzscheana del "eros o de lo dionisiaco liberado". De muchas maneras, en México y América Latina, tales planteamientos nos motivan a intentar responder a las siguientes preguntas: ¿cuál es el significado filosófico del proceso de homogeneización mundial?, ¿cómo enfrentarnos a la occidentalización capitalista?, ¿qué significa el diálogo con el Otro?

Es evidente que este tipo de preguntas surgen a partir del planteamiento nietzscheano-heideggeriano sobre el desarrollo de la metafísica. La perspectiva de Vattimo defiende una concepción hermenéutica donde no hay ni puede haber cabida para el diálogo intercultural. Pero si nos colocamos en la perspectiva de la filosofía en México y en América Latina, es imposible estar de acuerdo con estas tesis posmodernistas.

Necesitamos otras ideas y otras maneras de plantear la filosofía. ¿Podemos afirmar que, en América Latina, la modernidad se puede dar por concluida? Necesitamos otro concepto de modernidad, porque no nos satisfacen los conceptos universalistas abstrac-



tos ni tampoco los relativistas absolutos. Estos conceptos son insuficientes, tanto por su exagerado énfasis en el contexto local como por el exceso de abstraccionismo y generalización teórica.

Una manera de salir de este enmarañamiento es replantear el análisis del proceso de modernización en los países europeos y americanos. Hay numerosas evidencias sobre la naturaleza distinta de los procesos de la modernidad en Occidente, así como de una modernidad no capitalista (como la modernidad socialista). Quizás es cierto que América Latina también sea posmoderna, pero no puede ser de la misma manera que los países europeos. En lo que a nuestra supuesta posmodernidad se refiere, ella se debe a la heterogeneidad constitutiva de nuestras sociedades (al *ethos barroco*).

Esta heterogeneidad arranca con el proceso de expansión colonial europea. Pero esto no significa que la modernidad como tal deje de ser una opción (anulada por la modernidad capitalista). Lo que pasa es que la modernidad capitalista se presenta aquí como una desviación de la modernidad. Si se ha desviado, lo que cabe pensar entonces es la posibilidad de reorientarla según otra racionalidad. Ciertamente resulta muy difícil describir cómo sería esa otra racionalidad que desarrolle otra modernidad según una racionalidad no capitalista. Luego del derrumbe del "socialismo real", parece que la modernidad realmente existente es la del capitalismo. En este sentido es utópico hablar de la modernidad fuera de dicho sistema. Pero esto no significa asumir el antimodernismo como la nueva filosofía de la historia. Se comprende que en nuestra sociedad los intelectuales, estudiantes y hasta muchos sectores de izquierda elaboren una imagen negativa de la modernidad universal hasta el extremo de imaginar una especie de monstruo invencible que devora todo tipo de libertades. Semejante peligro existe, ya que el autoritarismo neoliberal está presente. Y en el caso de los filósofos mexicanos posmodernos, ¿por qué en vez de quedarse enmarañados haciendo especulaciones abstractas sobre la modernidad universal, no explican mejor los problemas históricos de modernizaciones particulares? Podemos pensar, criticar y transformar la sociedad presente, que es más flexible y diversa en relación con la de décadas anteriores. ∞

Samuel Arriarán es profesor e investigador de la Universidad Pedagógica Nacional.